



CAPÍTULO XXVIII

En el que se refiere la conversación de las dos niñas, y se descubren los formidables espectros que asustaron á la tímida Quijotita

Muy inquieta estaba Pudenciana mientras asistió á la conversación de sus mayores; rabiaba por bullir á Pomposa acerca de la buena vida que había entablado; pero aunque gustaba de oirla delirar, la temía un poco, porque Pomposa no era boba y había leído mucho,

aunque sin orden ni elección; pero le sobraba labia para aturdir á los menos avisados, y así me nombró por su defensor *in pectore*, y cuando se fueron las dos solas me hizo seña que la siguiera. Yo cumplí su gusto con prontitud, porque tenía complacencia en oír las producciones de Pomposa.

Luego que estuvimos solos, dijo Pudenciana á su prima:

—Conque, niña, cuéntame: ¿cómo te ha ido de espanto? —Fatalmente, hermana; ¿cómo quieres que me vaya? ¿Te parece cosa de juguete ver al diablo? —Ya se ve que no; ¿pero qué, tú lo viste? —Toma si lo ví, y todo entero. —¡Ay, qué feo será! —Endemoniado, niña. Míralo tú con su cabeza de cochino, sus cuernos de toro, sus zancas de chivo y su rabo de mono. —Muy despacio lo estuviste mirando, según la descripción que me haces. —Apenas lo ví en un abrir y cerrar de ojos, porque luego luego me envolví la cabeza y empecé á gritar á papá con todas mis fuerzas; pero en aquel instante se me quedó en la imaginación su abominable figura del modo que te la he pintado.

—¡Ya se ve, prima, que como tú eres viva, fué fácil que se te quedara en la imaginación! y más que, según nos contó tía María, lo viste otra noche. —¡Ay, niña, ojalá no lo hubiera visto! y luego, para rematar la cosa, ya te contarían lo de los golpes que oí en mi cabecera,

que no sé cómo no me he vuelto loca del susto. —Y con razón, niña, decía Pudenciana; pero mira, esos golpes tal vez los darían en la vecindad de atrás. —¡Qué vecindad ni qué nada! si la pared de esa recámara cae al patio del mesón, donde no hay gente ni puede haberla, y mucho menos á tal hora. —Pues siendo así, prima, ¿á qué podremos atribuir esos espantos? —¡Ay, hermana de mi alma! ¿á qué los hemos de atribuir sino á avisos y particulares inspiraciones del cielo? Así lo juzgó mamá y yo también.

—Puede ser así, decía Pudenciana, y eso creo que se conoce mejor por los efectos, según dice mi padre.

—Pues si en eso se conoce, avisos han sido, y muy seguros; porque ha sido tal el susto que hemos llevado, que ya no queremos prestarnos á los alborotos del mundo. Mi madre y yo nos hemos ido á confesar; las tertulias de casa se han suspendido y yo he reformado mi traje y mi vida enteramente.

—Yo me alegro, hermana, de esa mudanza de costumbres tan repentina. Lo que le has de pedir á Dios es la perseverancia, porque suelen algunas conversiones como la tuya ser sólo llamaradas de petate, que tan pronto se encienden como se apagan.

—Así serán; pero la mía no es de esas, gracias á Dios. Cada día me siento más robusta para seguir el camino de la virtud. ¿Mas quién no lo ha de seguir, al

considerar que esta triste vida no es otra cosa sino una cadena de desgracias que nos rodea por todas partes? ¿Qué son los placeres del mundo sino aparentes bujías que nos deslumbran para no ver las eternas verdades? Las mayores satisfacciones que tú y yo podemos apetecer en nuestra edad, ¿qué son sino unos encantos tan lisonjeros como vanos? Es verdad que sus apariencias son brillantes, pero su resplandor es de oropel, sin una gota de sólido valor; y si no advierte, Pudenciana, si todos los dones de la naturaleza y la fortuna, reunidos en una sola persona, serán capaces de proporcionarle aquella sólida felicidad á que aspira su corazón, si éste no se halla tranquilizado con la gracia.

Todo lo tuvo Salomón; juventud, hermosura, salud, riquezas, talento, poder y una multitud de bellezas que lo adornaban. ¿Quién debía juzgarse más feliz entre los mortales? Todos lo tenían por tal, menos él mismo que registraba su corazón, y hallándolo desabrido en el centro de los placeres, hubo de conocer que todos ellos eran vanidad de vanidades, tormentos y aflicción de espíritu.

Pues si esto pasó á Salomón, ¿qué deberé yo esperar cuando estoy tan distante de verme en el colmo de la dicha en que él se vió? No es preciso que conozca lo que es el mundo, cuáles sus deleites, cuáles sus esperanzas y cuál el premio que se prepara á sus secuaces.

Yo, prima mía, estoy convencida de estas verdades

y no quiero yo hacerme sorda á los divinos llamamientos. Los de estas noches han sido muy eficaces y sobrenaturales para ser desatendidos, y así á lo que aspiro es á resarcir de alguna manera tanto tiempo como he perdido disipada con las bagatelas del mundo; y como al paso que temo el infierno y quiero entablar una vida cristiana, conozco cuán difícil puede ser esto en mi edad y en medio de las concurrencias del siglo, estoy pensando separarme de él enteramente.

—¿Y de qué modo has pensado esa separación? decía Pudenciana.

—En eso está mi duda, eso es en lo que yo vacilo, contestó Pomposa. Dos caminos se me ofrecen para retirarme del mundo y en los dos hallo mil dificultades que vencer. El Monasterio y el Yermo son seguramente dos asilos contra los peligros de una sociedad corrompida como la nuestra; pero se necesita mucha madurez en la elección.

Los conventos son sin duda unos planteles de virtud; pero en éstos hay muchas personas enclaustradas, no todas con vocación, no todas por su gusto, no todas perfectas, y todas humanas, miserables y con pasiones que á cada instante se rebelan. De esto se sigue que son como indispensables algunos chismes, rivalidades, envidias, disgustos y otros defectos, que si no impiden el llegar á la perfección alguna vez, detienen ciertamente á

quien desea llegar pronto á semejante estado. Es muy difícil esclavitar la voluntad al gusto de los superiores, y más difícil conformar el propio genio con el ajeno. hacerse á todos los pareceres sin hipocresía, condescender con diversas opiniones sin delinquir contra la ley y luchar contra nuestros naturales sentimientos.

Cuando no haya otra cosa en los claustros, yo sé bien que no faltan estos crisoles en que afirmar una virtud perfecta, pues donde hay muchas monjas, niñas y mozas ó criadas de servicio, hay sociedad, y donde hay sociedad hay peligro. En conclusión: en los conventos hay su mundo, y en el mundo, cualquiera que sea, hay mil riesgos, que son los que pretendo yo evitar. Por tanto, estoy por decidirme por el Yermo, y me parece que mi vocación es de ermitaña.

—Pero qué, ¿tendrás valor para ser ermitaña? decía Pudenciana.

—¿Y por qué no? contestaba Pomposa. Es cierto que á los principios me espantará la soledad del campo, el triste ruido de los árboles, especialmente por la noche; me será desagradable hasta lo sumo la dureza de las peñas, lo insípido de las hierbas, lo obscuro de los valles, el rugido de los leones y la ninguna compañía de los mortales; sin contar con lo extraño que le será á este ruin cuerpo carecer de todas las comodidades que ha disfrutado, como son del gusto de su paladar, el abrigo y

lujo de las carnes, la molicie de su cama y la carencia de todos sus acostumbrados pasatiempos.

¿Cuál debe ser, prima mía, el sentimiento que experimentará mi espíritu al separarse para siempre de papá, de mamá, de mis tíos, de tí, de mis amigas y... (no te escandalices) de mis finos adoradores? ¡Oh! la separación de estos dulces y estrechísimos objetos de mi amor ha de ser el sacrificio más costoso que pueda hacer mi voluntad al Ser Supremo; pero ¿qué no se debe hacer por conseguir el cielo? y así yo, desde esta hora, ermitaña me llamo y no otra cosa.

—Pero qué, ¿tendrás valor para emprender un género de vida semejante?

—¿Y por qué no? ¿Soy yo de otra masa que fué Santa Rosalía? No por cierto: esta ilustre doncella era más joven, más tierna y delicada que tu prima, y tuvo bastante valor para salirse sola de su casa, abandonar el mundo y retirarse á la cueva de Quisquina; ¿por qué, pues, no tendré yo igual intrepidez para imitarla?

—Es verdad, decía Pudenciana; pero esa princesa fué una heroína, y no todos tienen una misma firmeza ni una misma vocación ni auxilios. Mi papá dice que todos estamos muy expuestos á equivocarnos con nuestras opiniones, y que en las mujeres los fervorosos y repentinos impulsos de devoción no suelen ser sino viarazas y efectos de una oculta soberbia refinada, con la